Paisajes del Amazonas

Rafael M. Navarro Cerrillo
Ingeniero de montes

Con nuestros comentarios a la película lo que pretendemos es provocar el debate, quizá teniendo como base un paisaje ajeno para muchos de vosotros como es la selva tropical, pero que en cualquier caso está relacionado con muchos de los temas de discusión actuales, como qué valores de desarrollo estamos pensando para el futuro, qué implicaciones tiene nuestro estilo de vida sobre nuestro entorno, etc. Por consiguiente, la imagen de la selva trasciende, se convierte en algo más que un paisaje. Tengo mis dudas sobre si ésta es la mejor película para recrear el descubrimiento, la conquista, la exploración de América; posiblemente no lo sea, pero quizás sí es de las mejores a la hora de reflejar el contraste brutal de paisajes, del paisaje de referencia cultural de los descubridores con el paisaje real en el cual ellos se ven envueltos. El actor central de la película, Klaus Kinski, dijo: «La selva virgen arde como algo que se contagia con sólo mirarla. Un virus que se inocula a través de los ojos y pasa por las venas».

En primer lugar, hablaré sobre la figura de Lope de Aguirre, que se presenta él mismo como Dios o como tirano. Posteriormente ofreceré una pequeña referencia a la selva como espacio, como lugar, puesto que entiendo que es bueno hacer alguna referencia sobre los problemas actuales del bosque tropical. En mi caso voy a centrarme exclusivamente en una referencia muy general a la deforestación y a la necesidad que tenemos de gestionar de manera respetuosa los ecosistemas. Después daremos un paseo muy rápido por la selva como paisaje imaginado. Vivir, sentir la selva aquí, en este espacio, es difícil. Pero trataré de aportar una visión cultural, humana, a través, entre otras cosas, de algunas lecturas de referencia que creo que os pueden mostrar parte de esta realidad.

Lo que primero tendríamos que plantearnos es si realmente hubo un descubrimiento del Amazonas tal y como la historia ortodoxa recoge. Porque no fue realmente así. El Amazonas era un espacio poblado y un espacio ya descubierto por sus pobladores y, por tanto, no fue descubierto por los exploradores españoles. Era un espacio que ya estaba habitado, muy habitado cuando los españoles llegan allí. De todas maneras, a lo largo del siglo XVI, América y el Océano Pacífico se convirtieron en territorios para el descubrimiento. El concepto de descubrimiento es un concepto cambiante. Desde el primer avistamiento de la desembocadura del Amazonas por Vicente Yáñez Pinzón (1500) hasta el primer recorrido completo en 1541-1542 por Francisco de Orellana, pasaron 40 años. Transcurrieron otros 21 años hasta la expedición de Pedro de Ursúa, en la que se sitúa la trama de Lope de Aguirre, que fue narrado minuciosamente por Francisco Vázquez y corregida por Pedrarias de Amesto (*Jornada de Omagua y el Dorado. Crónica de Lope de Aguirre, el Peregrino*).

También creo que es importante indicar, aparte de lo que la película destaca, el aspecto fundamentalmente negativo de la conquista (el enfrentamiento de culturas, el choque brutal con la población nativa, etc.), el descubrimiento como aventura humana. Que personas que habían abandonado hacía apenas unos años las dehesas extremeñas, los bosques del País Vasco, del Valle de Oñate, de donde procedía Lope de Aguirre, se vean inmersos en unos paisajes tan diferentes, grandiosos en sus dimensiones, riqueza, diversidad de especies y formas, y se lancen a su exploración, es una sorprendente aventura humana. Descender todo el río Amazonas hasta su desembocadura, remontar la costa de Brasil y Venezuela, llegar hasta isla Margarita y conquistarla, tomar tierra en Venezuela, conquistar Valencia, hasta finalmente morir en Barquisimeto, es para Lope de Aguirre una aventura que supera con creces lo que somos capaces de imaginar.

Quizá lo más importante del personaje de Lope de Aguirre sea su carácter como paradigma de conquistador. Como persona, como individuo, como personaje histórico, y esto lo recoge, a mi modo de ver, de manera muy adecuada la película. Descubrimos en la anti-epopeya de Lope de Aguirre las mismas grandezas y las mismas miserias que en las epopeyas clásicas. Es difícil descontextualizar esos personajes de su momento histórico, pero realmente eran muy contradictorios. Lope de Aguirre es de origen señorial, es una persona educada que decide emigrar como otros muchos españoles en aquella época. Es un personaje que en cierta medida está predestinado a su propia aventura: el nombre original de Lope de Aguirre es Otxoa de Aguirre. «Otxoa» en eusquera

significa «lobo» y «Aguirre» se puede traducir como «zona despoblada», por lo que podría hablarse de Lope de Aguirre como un «lobo solitario». De hecho, la raíz de Lope es también *lupus*: «lobo» en latín. También se le ha conocido como el Peregrino, que designa a aquel que atraviesa tierras extrañas, al que se dirige a un lugar santo, a quien es visto por los demás como extraño o raro. De manera que, en cierta medida, la persona parece unida al destino que la historia después le dio.

En su periplo recorre prácticamente toda América, porque atraviesa Colombia, llega a Venezuela, participa en varias de la guerras civiles que en aquel momento hay en América, desciende por el Ecuador, Perú, y llega a incorporarse en Trujillo a la «jornada» de Pedro de Ursúa, en cuyo periplo prácticamente transita por toda la parte norte del continente Americano. Quizás lo más curioso, al menos desde mi punto de vista, del personaje de Lope de Aguirre es cómo va cambiando su carácter. ¿Cuándo cambia la personalidad de Lope de Aguirre? El director de la película, Werner Herzog, recoge el dete-

rioro físico del personaje, pero también el moral. ¿Por qué sufre ese deterioro moral?, ¿es el mito de El Dorado?, ¿es la búsqueda de la riqueza?, ¿es la descontextualización cultural que sufre?, ¿es el entorno de personas desarraigadas entre las que vive? A partir de un momento determinado aparece la violencia indiscriminada, las muertes gratuitas. Las fuerzas de la naturaleza, la selva, dominan a los personajes, en esa «tarumba equinoccial». Todo ello no está tan alejado de lo que les pueda pasar a muchas personas que ahora mismo trabajan en entornos tropicales. Hay muchas historias de gente que pierde su referente cultural cuando trabaja en este medio. ¿Por qué?, ¿por qué esos entornos fuerzan tanto a ese cambio moral? Lo interesante es que no podemos separar al personaje como individuo del contexto ambiental en el cual se desenvuelve, y éste es uno de los aspectos que podemos destacar de esta película.

> … siento que la selva se nos acerca, los animales, las plantas, que ya hace tiempo que nos habían visto, pero no se nos muestran. Por primera vez en mi vida no tengo pasado. El presente es tan intenso, que hace desvanecerse el pasado. Sé que soy libre, verdaderamente libre… (K. Kinski)

Otro aspecto que merece la pena destacar es el comportamiento ambivalente que tienen dos personajes que están enfrentados en la historia real y en la película: Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre. Pedro de Ursúa es un hombre de éxito, vencedor de los indios *musos,* llega a ser gobernador, es rico, de talante campechano y cordial, respetado; por todo ello, Pizarro lo nombra responsable de la jornada del Amazonas. Podemos ver en él todas las virtudes del hombre exitoso. Aguirre es todo lo contrario: un fracasado, un hombre físicamente disminuido, feo; así lo describen los narradores: «pequeño de cuerpo y poca persona, la cara chupada, los ojos le estaban bullendo en el casco… pocas veces le vieron dormir». Había sido herido en las manos y en las piernas, tenía dificultades de expresión, cuenta ya con 50 años en el momento del descenso del Amazonas. Resulta a veces un personaje grotesco, pero no desprovisto de cierta grandeza. Ambos responden de una manera diferente a la presión que supone el descenso del Amazonas. Uno, Pedro, es un hombre que poco a poco va entrando en una especie de melancolía, no se ve muy claro en la película, pero ocurrió así en su historia real: perdió la autoridad, su carácter se debilitó, su personalidad no se adaptó al nuevo territorio, al paisaje, donde se encontraba. Por el contrario, Lope de Aguirre desarrolla los aspectos más complejos

El río Pastaza a su paso por Baños de Agua Santa (Ecuador).

de su personalidad, realmente encuentra su «territorio personal», descomunal, violento, inabarcable:

> Comenzaba la estación de las lluvias… los truenos eran constantes, sin interrupción, secos como cañonazos… de aquí en adelante todo será lo mismo: aguaceros, serpientes, rayos y centellas.

Un segundo aspecto del que podemos hablar es la selva como un ecosistema, como un medio que el hombre modifica. La selva es un espacio humanizado, al menos a lo largo del último siglo. La actividad humana ha modificado y sigue modificando los ecosistemas, muy particularmente en el caso que nos ocupa de los ecosistemas tropicales húmedos. El hombre occidental se aproxima a la selva en la mayor parte de los casos para aprovechar sus recursos. Se trata de una simplificación, pero es frecuente que sólo veamos en los bosques su riqueza material. Muy diferente ha sido para las comunidades nativas que habitan las selvas, que interactuaron con ese medio, formando una parte muy importante del ecosistema, sin alterarlo. En la película el móvil de todos los personajes no es otro que la riqueza. El oro, el éxito personal, el poder, la glo-

ria, todos son en cierta medida beneficios materiales, aunque muchos de ellos expresados a través de sentimientos, como la vanidad o la ambición.

La Amazonía es un espacio inmenso, representa aproximadamente una tercera parte de los ecosistemas forestales arbolados del mundo. Es un territorio que supera nuestra escala, la que tenemos para nuestros paisajes, extremadamente rico en biodiversidad biológica, pero quizá aún más rico en diversidad cultural (*National Geographic*, Agosto 2003, pp. 2-27). Durante mucho tiempo, sin embargo, hemos tenido una visión muy simple de la Amazonía como un territorio a explotar. Hay un libro escrito en los años 60, cuyo título es *Las fronteras vivas*, que describe estos espacios como algo más que un lugar «vacío» cuyos aparentemente ilimitados recursos materiales deben explotarse. Este libro fue escrito como denuncia por las políticas que en los años 60-70 fueron llevadas a cabo por los gobiernos de Perú, Bolivia y Brasil, entre otros países, que forzaron la colonización de la selva considerando que eran espacios vacíos, sin gente, y que tenían que ser colonizados y explotados. Este autor denunció que las selvas estaban «llenas» de personas, de comunidades indígenas, y que no tenían más capacidad para ser aprovechadas, ni de acogida. Esta idea, que ahora, después de décadas de destrucción, nos parece tan evidente, fue revolucionaria en su época, y fue en contra de todos los intereses políticos y económicos. Cuando miramos hacia atrás, sorprende su intuición, su capacidad de anticipar lo que hoy es una realidad.

El problema más importante al que se enfrentan los sistemas tropicales es su destrucción (*Las últimas selvas tropicales*, David Attenborough, Ed. Folio-UICN). A pesar de que hay una concienciación progresiva, no ha sido posible revertir el proceso de degradación. Las políticas de conservación han favorecido la aparición de numerosos Parques Nacionales en los países amazónicos. Sin embargo, las selvas se están destruyendo, y se están destruyendo a un ritmo brutal, mucho más rápido del que pensamos. No obstante, me gustaría dejar claro que la causa de la destrucción del mundo tropical no hay que buscarla sólo en los países tropicales (*National Geographic*, Septiembre 2002, pp. 95-107). No son los países depositarios de estos recursos los responsables últimos de la destrucción del bosque tropical o de la destrucción de las comunidades nativas. Somos nosotros, los países desarrollados, los que generamos la necesidad y los mecanismos económicos que provocan esa destrucción. A través de nuestra demanda de materias primas, de nuestras empresas, de nuestro poder económico que genera los modelos de desarrollo que justifican

la destrucción del bosque tropical. Somos responsables directos de lo que está pasando.

Las consecuencias biológicas son muy diversas. La destrucción del bosque tropical produce disfunciones en el sistema general de la atmósfera. Es de todos conocido el efecto que está teniendo la destrucción del bosque sobre el cambio climático. También afecta al régimen hidrológico o a la conservación de la biodiversidad. Y, lógicamente, cuando destruimos biodiversidad, perdemos conocimiento y, por tanto, estamos destruyendo parte del futuro.

Creo que el debate sobre la destrucción del bosque tropical debería centrarse en el modelo de desarrollo que queremos. ¿Cuál es el papel de los consumidores españoles? Somos un país que consume más del 50% de su madera de origen tropical, del Golfo de Guinea y Sudamérica principalmente. Deberíamos responder a una pregunta básica: ¿a qué parte de nuestra calidad de vida estamos dispuestos a renunciar para promover modelos de desarrollo que permitan la conservación, no solamente de este patrimonio natural, sino también cultural? Ese es el debate que las sociedades desarrolladas no hacen.

Voy a leeros unos párrafos de un cuento de Isabel Allende (*Cuentos de Eva Luna*, *Walimai*, Ed. Debolsillo), que trata sobre los indios del Amazonas, y habla del encuentro entre dos indios, un indio que se ha «integrado» con los blancos y una india que está prisionera en un campo de trabajadores. Dice así:

> Ella era de la tribu de los Ila los del corazón dulce, de donde vienen las muchachas más delicadas… Yo lo reconocí a pesar de su aspecto de lagarto porque mi madre también era una Ila. Estaba desnuda sobre un petate, atada por el tobillo con una cadena fija en el suelo, aletargada, como si hubiera aspirado por la nariz el yopo de la acacia, tenía el olor de los perros enfermos… Era del tamaño de un niño de pocos años, sus huesos sonaban como piedrecitas en el río. Las mujeres Ilas… se adornan las orejan con plumas y flores, se atraviesan palos pulidos en la mejillas y la nariz, se pintan dibujos por todo el cuerpo con los colores rojos del onoto, morado de la palmera y negro del carbón. Pero ella ya no tenía nada de eso. Dejé mi machete en el suelo y la saludé como hermana, imitando algunos cantos de pájaros y el ruido de los ríos. Ella no respondió. Le golpeé con fuerza el pecho, para ver si su espíritu resonaba entre las costillas, pero no hubo eco, su alma estaba muy débil y no podía contestarme. En cuclillas a su lado le di de beber un poco de agua y le hablé en la lengua de mi madre. Ella abrió los ojos y miró largamente. Comprendí.

> Antes que nada me lavé sin malgastar el agua limpia. Me eché un buen sorbo a la boca, y lo lancé en chorros finos contra mis manos, que froté bien y luego empapé para limpiarme la cara. Hice lo mismo con ella…. De la cuerda que rodeaba mi cintura colgaban mis palos para hacer fuego, alguna puntas de flecha, mi rollo de tabaco, mi cuchillo de madera con un diente de rata y una bolsa de cuero bien firme donde tenía un poco de curare. Puse un poco de esa pasta en la punta de mi cuchillo, me incliné sobre la mujer, y con el instrumento envenenado le abrí un corte en el cuello. La vida es un regalo de los dioses… Ella me miró con grandes ojos, amarillos como la miel y me parece que intentó sonreír agradecida. Por ella ya había violado el primer tabú de los Hijos de la Luna y tendría que pagar mi vergüenza con muchos trabajos de expiación. Acerqué mi oreja a su boca y ella murmuró su nombre. Lo repetí dos veces en mi mente para estar bien seguro, pero sin pronunciarlo en alta voz, porque no se debe mentar a los muertos, para no perturbar su paz, y ella ya lo estaba aunque todavía palpitaba su corazón.
>
> … Ella se había ido definitivamente. Cogí mis armas y caminé muchas horas hasta llegar a un brazo del río. Me sumergí en el agua hasta la cintura, ensarté un pequeño pez con un palo afilado, y me lo tragué entero, con escamas y cola. De inmediato lo vomité con un poco de sangre como debe ser. Ya no me sentí triste. Aprendí entonces que algunas veces la muerte es más poderosa que el amor.

En estas palabras, y en otras muchas, está recogido el sentimiento de muchas de estas culturas, que ven cómo su paisaje vital, mitológico, está siendo destruido y con ello pierden sus referentes culturales. Y sin esos referentes culturales tampoco ellos pueden perdurar, porque es imposible vivir en una situación de desculturización y falta de sentido vital.

A continuación quisiera introduciros en el mundo de la selva como paisaje imaginado. Es difícil traer la selva aquí, aunque podemos recrearla. La selva es algo más que esa visión un poco de postal que tenemos. La selva se percibe a través de los sentidos. Lamentablemente, estamos acostumbrados a paisajes y entornos ambientales muy empobrecidos, en los que faltan gran parte de los elementos sensoriales, como el olor, el calor, la humedad, los sonidos, que hacen que ese paisaje esté completo. Uno de los aspectos esenciales son los sonidos: la selva como entorno vivo, la selva de los animales, la selva de los ruidos nocturnos, de los insectos, la selva escuchada, la selva de las tormentas, de los rayos (*National Geographic*, Octubre 2001, pp. 32-47). Al principio

de la película llama la atención el ruido del río, del *pongo*, el rápido del río Marañón, que realmente llega a dominar todo el entorno. Allí inmersos, los personajes son incapaces de oírse unos a otros; la selva, donde el hombre es insignificante.

¿Hasta qué punto la selva es un paisaje ajeno a nuestra geografía mítica? En este curso se ha hablado en varias ocasiones de paisajes cercanos, de paisajes que son próximos culturalmente. La geografía mítica, que decía Ignacio Abella. Creo que hay un contraste importante entre lo que vivieron y sintieron los personajes que hemos visto en la película, que todavía en cierta medida estaban inmersos en la mítica del siglo XV, de la Edad Media, cuando todavía la gente creía en mitos asociados a los paisajes. Ahora mismo me cuesta creer que tengamos esa proximidad, incluso hacia nuestro paisaje cotidiano. Actualmente todo paisaje nos es ajeno. Hemos perdido los referentes culturales y sensoriales con los paisajes a los que pertenecemos. Por tanto, la selva no nos es más ajena que cualquiera de nuestros paisajes, las dehesas, los hayedos, los abetales. Al fin y al cabo, todos somos extranjeros, peregrinos, como se definía Lope de Aguirre. Somos extranjeros de casi todos los paisajes, y no somos más extranjeros en la selva que en otros paisajes. Creo que el problema recae

en nosotros y no en el paisaje en el que nos encontremos ¿Por qué? Porque todo lo estamos convirtiendo en un objeto de consumo. La selva también, el trópico, todos esos lugares que antes de las grandes exploraciones del siglo XIX parecían mágicos.

Cuando leemos a Stevenson, a Conrad y a otros escritores que describen la selva, soñamos con poder ser nosotros quienes la descubramos algún día. Ahora ya está todo descubierto, viajamos rápido, con poco tiempo para sumergirnos sensorialmente en el paisaje que nos rodea. Viajamos siempre de paso, y de paso no podemos tener una vivencia íntima de los paisajes.

La gran tragedia es eso, que somos consumidores de paisaje, lo estamos mercantilizando. La selva tropical sólo se vende como algo exótico, pero es lo mismo que una casa rural en Sierra Morena. Es el mismo producto con distintos colores. Todo esto nos hace incapaces, en gran medida, de entender lo que esos paisajes representan. Se puede hacer un discurso sobre la «mitología del paisaje», pero cuesta trabajo encontrar personas que realmente tengan esa sensibilidad hacia los paisajes.

La selva, a pesar de lo anterior, es un excelente espacio para el aprendizaje. Creo que la experiencia personal de vivir temporalmente en un espacio tropical tiene un gran valor personal. Quizás por lo que os decía antes, por ese carácter contradictorio que supone enfrentarse a un paisaje nuevo, que a veces somete a las personas a reflexionar sobre muchos de los valores que le han enseñado. Me refiero a una estancia prolongada de trabajo en la selva tropical, pero podría ser lo mismo en un área rural de España o en la Castilla profunda del señor Cayo. El problema no es el lugar: no quiero mitificar la selva, lo importante es cómo nos acercamos a cada paisaje y a los elementos que lo componen.

Sin embargo, la selva, con su contraste a veces tan brutal, despierta los sentidos. Hay gente que no es capaz de despertar sus sentidos en un entorno familiar, por lo que vivir en un paisaje totalmente diferente, como le pasó a esos exploradores que hemos visto en la película, nos obliga a reflexionar. Esta experiencia, a veces, despierta la «otra» personalidad, como decíamos de Lope de Aguirre, aunque en este caso sea hacia la brutalidad. Reflexionar sobre tus valores personales, sobre lo que significa el éxito, el poder, la riqueza. Por todo ello, creo que la selva es un buen lugar para el aprendizaje. Todo el mundo potencialmente podría aprender de la selva, pero evidentemente no todo el mundo es capaz. De nuevo, el problema está dentro de nosotros.

Y por último, la globalidad. Qué hacemos con estos entornos culturales, esta geografía mítica que todavía queda: ¿los acotamos y los convertimos en reservas?, ¿los destruimos como sigue pasando en Ecuador, Perú, Brasil, etc.?, ¿los contactamos e intentamos integrarlos?, ¿les damos la posibilidad de una asimilación progresiva hacia nuestros valores culturales, económicos, etc.? ¿Qué hacemos? Es un problema real. Hace poco se ha publicado un informe de la UNESCO sobre los idiomas en el que se pone de manifiesto que en el mundo hay aproximadamente unos 6.000 idiomas y, de ellos, la mitad está en peligro de desaparecer en los próximos 50 años. Con su desaparición se pierden los idiomas, pero también muchas cosas; entonces, ¿qué hacemos? La respuesta no es sencilla y el tiempo corre en gran parte en contra nuestra.

Finalizo con algunas lecturas sobre el personaje de Lope de Aguirre. El relato de Francisco Vázquez describe la jornada del Amazonas, pero no esperéis encontrar aquí nada más que historia recreada, es una interpretación personal del autor sobre Lope de Aguirre. Vázquez parte de las cosas que no habéis visto en la película, por lo cual yo creo que es un buen complemento para entender la historia en su totalidad. Un segundo relato es el de Caro Baroja (*El*

señor inquisidor y otras vidas de oficio. Julio Caro Baroja, 1968, Alianza), que hace una lectura etnográfica del problema, y lo relaciona con la cultura vasca, mostrando el contraste entre la personalidad del vasco que cree en Dios que es Pedro de Ursúa y el vasco que cree en la tierra que es Lope de Aguirre. Luego hay una lectura de Matamoro (*Lope de Aguirre, la aventura de El Dorado*, B. Matamoro, 1986), que hace una interpretación más histórica, en el contexto del siglo XIX, en el período de independencia de los países americanos, durante el cual se recupera el personaje de Lope de Aguirre como un primer intento de independizarse de España. Después de la muerte de Fernando de Guzmán, el objetivo de la expedición ya no es la búsqueda de El Dorado, sino luchar contra el poder constituido. Como habéis visto en la película, en la soledad de la selva un puñado de hombres funda un Estado itinerante, flotante, desproporcionado y efímero, que planta batalla a un estado lejano y ajeno, España. Lope de Aguirre envía una carta a Felipe II, en la cual declara la independencia de los territorios y, por tanto, es el primer personaje histórico que declara la independencia en América. Por último, el libro más asequible y ameno sobre la figura de Lope de Aguirre es el escrito por Ramón J. Sender (*La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*. R. J. Sender, Ed. NyC clásicos, 2001). Os recomiendo esa edición por los valiosos comentarios que contiene, que ayudan a comprender a un personaje tan complejo. Una aproximación más breve podéis leerla en «La ira de Dios» (*Malos de la Historia*, Javier Reverte. Suplemento EPS de El País).

Hay dos libros más que pueden ser recomendables. El primero es una aproximación científica a las selvas tropicales (*Las últimas selvas tropicales*. D. Attenborough, 1991. Ed. Folio-UICN). El otro se titula *El antropólogo inocente (*Nigel Barley. Ed. Crónicas, Anagrama, 1989), que describe la experiencia de un antropólogo que se va a trabajar a Camerún y cuando llega no comprende nada de lo que pasa en su entorno. Después de dos años viviendo allí no termina de adaptarse a la gente, al paisaje, a su propio trabajo; por eso él mismo se define como el antropólogo inocente. El primer año coge todas las enfermedades posibles, por lo que personalmente es una experiencia muy dura. Pero cuando termina su estancia en África, y yo creo que eso es lo interesante, varias semanas después de su regreso a Londres el protagonista llama al amigo cuya conversación le había decidido a marcharse, y éste le pregunta: «Ah, ya has vuelto… ¿te has puesto muy enfermo? Sí. ¿Cuándo piensas volver? Me reí débilmente. Sin embargo, seis meses más tarde regresé al país Dowayo». Creo

Atardecer en la selva. Río Napo, Misahuallí (Ecuador).

que es una buena idea para terminar mi intervención: los paisajes tropicales, con su esplendor, abruman pero también crean un vínculo afectivo muy profundo. Kinski, el actor que interpreta a Lope de Aguirre, narra su sentimiento cuando abandona la selva:

> … en el momento de partir, veo a mis pies el verde mar de la selva, los ojos me arrasan en un llanto incontenible. A un animal o a una persona que llora porque tiene que alejarse de la selva virgen, y que no esté contento y agradecido de reencontrarse con la seguridad de los guetos de la civilización donde ronda la locura, se le encierra en el manicomio o se le narcotiza.

… Él siente que está dejando algo en la selva y que eso que está dejando no lo va a poder recuperar. Los paisajes que en cierta medida son tan diferentes a nuestros «paisajes vitales» nos obligan a hacer una reflexión personal que nos lleva a darnos cuenta de lo que somos, a dónde pertenecemos, cuáles son las consecuencias de nuestro estilo de vida, qué estamos perdiendo…